

Editorial

41

¿Ha olvidado el Ministerio de Educación y Cultura español que su principal valor –no diremos capital, que es el término que creen saber manejar sus gestores– es la lengua española?

Porque, de no ser así, ¿cómo es posible que desacredite constantemente la lengua española obcecándose, a la hora de evaluar la producción de sus investigadores, en sólo tomarse en serio sus publicaciones si están escritas en inglés?

¿Y cómo es posible que pretenda ignorar que una buena parte de la inversión pública en los equipos de investigación españoles acaba destinándose a pagar traducciones al inglés para que las instancias evaluadoras –curioso nombre para unas instituciones que no evalúan nada, sino que tan solo miden un artefacto llamado "índice de impacto"– les reconozcan su trabajo investigador?

¿Es que es incapaz de darse cuenta de que la amplitud de la comunidad hispanoparlante –cuya lengua es en este momento la segunda más estudiada en el mundo– conforma un espacio lo suficientemente amplio y culturalmente rico como para poder acoger una producción científica en español?

Y ello especialmente en lo que se refiere a las ciencias humanas –ciencias, al fin, de la cultura– y la filosofía. Pues en éstas tal obcecación solo conduce a paralizar el acceso al saber que los textos –entiéndase esta palabra en su sentido más amplio– de nuestra cultura contienen y, así, dejar vacíos a nuestros investigadores de una impronta cultural que sólo puede enriquecer su trabajo.

Sí, todo parece indicar que lo ha olvidado. Probablemente sea ésta una más de las manifestaciones de esos rasgos paranoides que tan insistentemente retornan entre nosotros para dificultar el florecimiento del pensamiento.

Rasgos que, lamentablemente, no se manifiestan con menor virulencia en los ministerios del ramo de las otras naciones hispanas.